



ENVIRONMENT OF PEACE

Seguridad en una nueva era de riesgo

Resumen

Más allá de los grandes titulares de la guerra en Europa y las repercusiones de la pandemia de COVID-19, nuestro mundo se ve arrastrado al agujero negro de dos crisis paralelas que siguen agravándose: de seguridad y de medio ambiente. Los indicadores de inseguridad están aumentando, mientras que los indicadores de integridad medioambiental se están desplomando. La combinación es tóxica, profunda y nociva, y las instituciones con poder para encontrar soluciones, incluidos los gobiernos, están despertando a una velocidad a todas luces insuficiente.

En términos de seguridad, aumenta la incidencia de los conflictos y el número de personas fallecidas y desplazadas; una tendencia que ya era real mucho antes de la invasión rusa de Ucrania. Se está incrementando el gasto en armas y fuerzas militares; el uso de armas nucleares parece ahora menos impensable que antes. En cuanto al medio ambiente, entre las muestras de su declive se incluyen el aumento de los fenómenos meteorológicos extremos, la subida del nivel del mar, las limitaciones en la disponibilidad de agua, el declive de los mamíferos y los insectos polinizadores, la muerte de los arrecifes de coral y la disminución de los bosques.

El sombrío panorama de seguridad supone un primer nivel de riesgos para la paz; el declive medioambiental añade un segundo nivel. La interacción entre las dos tendencias genera un tercer conjunto de riesgos, más complejo, cuya importancia la humanidad solo está comenzando a captar.

No obstante, resulta obvio que existe interacción entre las dos crisis. Los países que se enfrentan a las mayores amenazas ecológicas son aquellos en los que, por probabilidad estadística, la paz es más débil. También tienden a estar marcados por su fragilidad y su escasa

Reducir la inseguridad y el conflicto en esta nueva era de riesgo implica fundamentalmente cambiar nuestra manera de pensar sobre la paz.

capacidad de resiliencia.* En su mayor parte, estos países han contribuido poco a la crisis medioambiental global, pero cargan con la peor parte de sus efectos. La mitad de las operaciones de las Naciones Unidas se llevan a cabo en países con la exposición más alta a los efectos del cambio climático. Estas correlaciones no son coincidencias.

Este es el punto de partida de *Environment of Peace*.

La vinculación entre integridad medioambiental, paz y bienestar humano no debería ser cuestionable. Desde la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano, celebrada en Estocolmo en 1972, los países reconocen que la integridad ecológica es esencial para el desarrollo humano. En el acuerdo sobre los Objetivos de Desarrollo Sostenible en 2015, los gobiernos declararon: «No puede haber desarrollo sostenible sin paz, ni paz sin desarrollo sostenible». En 2021, el Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas reconoció formalmente que un medio ambiente saludable es un derecho humano fundamental.

Aun así, nuestro medio ambiente se degrada con rapidez. Aunque todos los gobiernos son conscientes del cambio climático y de la degradación medioambiental a un nivel más amplio, y algunos han realizado progresos en temas como la contaminación y la deforestación, están fallando a nivel colectivo para abordar los factores más importantes con la suficiente urgencia. Entre otros efectos, la degradación del medio ambiente natural aumenta la probabilidad de que se propaguen enfermedades de la fauna salvaje a la población humana. Los últimos dos años han demostrado hasta qué punto pueden ser devastadoras esas enfermedades.

Más allá de sus efectos directos, el cambio climático y la más amplia crisis medioambiental favorecen la inseguridad. Las pruebas demuestran cómo suelen generar inestabilidad social y política que, en caso de no resolverse, puede agravarse hasta transformarse en violencia. Los conflictos armados no solo dañan el medio ambiente, sino que dificultan que se logre una gobernanza medioambiental eficaz. La confrontación, las disputas y el conflicto también enturbian la atmósfera internacional donde se han de alcanzar respuestas cooperativas a los retos medioambientales.

Debido a estas interconexiones, la idea de seguridad que impulsa este informe es inclusiva. El punto de vista tradicional, centrado en la defensa o el estado, cuenta una parte de la historia de la seguridad y la inseguridad. La perspectiva más centrada en las personas y la seguridad humana cuenta otra. Para lograr un mundo de verdad en paz y seguro, tenemos que comprender ambas partes.

Entonces, ¿qué debemos hacer?

Como demostrarán las pruebas, reducir la inseguridad y el conflicto en esta nueva era de riesgo significa, como punto de partida, cambiar radicalmente nuestra manera de pensar en la paz. Si la degradación medioambiental es parte del problema de seguridad, restaurar la integridad medioambiental tiene que ser parte de la solución para la seguridad. Eso conlleva también la imperiosa necesidad de una cooperación más ambiciosa y eficaz entre los gobiernos en temas de paz y seguridad, en todos los niveles, desde el conceptual al operativo. Dado que la amenaza afecta a todos los países, resulta evidente que la reafirmación nacional no será una respuesta eficaz. Puede que sea inevitable cuando nos enfrentamos a situaciones acuciantes, como la invasión de Ucrania, pero no puede ser una solución para crisis más amplias y crecientes. A largo plazo, la cooperación redundará en el interés propio.

Si una de las características definitorias de una respuesta eficaz es la cooperación, otra es la adaptabilidad. Las crisis van a evolucionar y darán lugar a riesgos y efectos que no se pueden conocer con precisión.

* La fragilidad se define como «la combinación de la exposición al riesgo y la capacidad insuficiente del estado, los sistemas o comunidades para absorber o mitigar tales riesgos» (OCDE).

Cuando la amenaza afecta a todos los países, la reafirmación nacional no es una respuesta eficaz. La cooperación redundante en el interés propio.

También cambiarán las respuestas de la gente. Los encargados de la toma de decisiones tendrán que intervenir, aprender de la experiencia y volver a intervenir.

En la actualidad, los gobiernos gastan dinero en vías que avivan la inseguridad, en lugar de menguarla. Los subsidios que financian daños medioambientales, a través del apoyo a actividades como la extracción y el uso de combustibles fósiles, la sobrepesca y la deforestación, suman billones de dólares al año. Teniendo en cuenta el vínculo entre el declive medioambiental y el riesgo de inseguridad y conflicto, también podrían considerarse subsidios al conflicto. Desde esta óptica, la conveniencia de continuar con ellos se antoja doblemente discutible.

Al mismo tiempo, los países más ricos del mundo están fallando de manera estrepitosa en el intento de generar la financiación internacional necesaria para abordar el cambio climático y la pérdida de biodiversidad, con el consiguiente agravamiento del riesgo de inseguridad y conflicto. Más aún, los fondos para facilitar la adaptación al declive medioambiental y para crear resiliencia no se invierten en las áreas más necesitadas; los estados más frágiles que, por definición, tienen necesidades más obvias, reciben solo una 80.^a parte per cápita de la financiación climática que fluye hacia los estados no frágiles.

La resiliencia permite que las comunidades y los estados sobrevivan a los impactos sin recurrir al conflicto, y que se reconstruyan después con agilidad. Es esencial para la seguridad en todas sus formas. Con todo, las crisis de seguridad y medioambiental erosionan la resiliencia.

Combatir las vulnerabilidades y crear resiliencia frente a los impactos climáticos proporcionará también un colchón frente a amenazas no relacionadas con el clima. En 2010, una ola de calor alimentada por el cambio climático contribuyó, por medio de una diezmada cosecha de grano en Rusia y las consiguientes alzas en el precio del pan, a la Primavera Árabe. En 2022, se espera que las cosechas de grano de Rusia y Ucrania sean notablemente inferiores a las habituales, un pronóstico que ya está volviendo a presionar al alza los precios mundiales de manera peligrosa. Una causa distinta, pero un riesgo similar; la mejora de la resiliencia protegería frente a ambos.

La resiliencia puede aminorar los riesgos que supone la degradación medioambiental, pero no puede solucionar las causas. Detener y, a continuación, invertir el declive climático, supone emprender transiciones en muchos aspectos de la sociedad a un ritmo y a una escala sin precedentes. No obstante, las transiciones pueden fracturar y dislocar las comunidades. En todo el mundo, en particular en el Sur global, las iniciativas en torno a los biocombustibles, la energía hidroeléctrica, la conservación de la naturaleza y la adaptación al clima, a menudo concebidas con buenas intenciones, han avivado con frecuencia la inseguridad y el conflicto. Muchas veces fallan por esa razón. La crisis medioambiental es ya demasiado profunda para que podamos permitirnos fallos, por lo que las múltiples transiciones necesarias en energía, transporte, industria y, sobre todo, en el uso de la tierra tienen que funcionar. Eso significa involucrar de forma activa a las comunidades en su diseño e implementación para lograr transiciones justas y pacíficas, que son las que tienen más probabilidades de éxito.

La naturaleza de los gobiernos y su relación con los ciudadanos será también clave para tomar buenas decisiones. El reciente ascenso de autócratas y populistas no ha sido positivo ni para la seguridad ni para el medio ambiente, y ha socavado la resiliencia de las instituciones globales que promueven la cooperación en ambos temas. Abordar problemas compartidos y complejos sería mucho más fácil en un mundo en el que los gobiernos trataran a sus ciudadanos y entre sí con respeto, en el que implicaran a los ciudadanos en la toma de decisiones y fundamentaran sus políticas sobre pruebas.

Como demostramos en este informe, hay ejemplos reales que infunden esperanza. En el sistema de las Naciones Unidas, a nivel regional y dentro de los países, hay lugares en los que las conexiones entre la degradación medioambiental y la inseguridad empiezan a tomarse más en serio. La mayoría de los gobiernos están abiertos a la cooperación en estos asuntos y, en algunos casos, la persiguen. Algunas organizaciones no gubernamentales consolidan la paz de forma activa a través de mejoras medioambientales. Estos ejemplos son modelos que pueden aplicarse a mayor escala, siempre que existan las miras y la voluntad para hacerlo.

Concluimos presentando una serie de seis recomendaciones para la acción y un conjunto de cinco principios que han de guiarla. Entre estos principios se incluyen la cooperación y la adaptabilidad; a la luz del panorama de riesgo cambiante e impredecible, resultan de simple sentido común. Lo mismo ocurre con la inclusión, en tanto que las soluciones en las que todas las partes tienen voz ofrecen más probabilidades de éxito. Las soluciones tendrán que tener en cuenta el hecho de que el problema es a la vez acuciante y profundo, es decir, que la acción debe comenzar de inmediato, pero estar guiada por una visión a largo plazo.

Algunas de nuestras recomendaciones para la acción conciernen al sistema de las Naciones Unidas, algunas están dirigidas a los gobiernos nacionales y otras se vinculan con el sector privado, la sociedad civil y otros sectores. Aunque son muchos los tipos de entidades que pueden y deben jugar un papel, los gobiernos son clave por su poder único como legisladores, reguladores y asignadores de recursos. Los gobiernos pueden también promover el cambio con rapidez, y es innegable que disponemos de poco tiempo. El capítulo 5 describe las recomendaciones con detalle, pero, en resumen, son estas:

1 Abordar las crisis interconectadas con soluciones conjuntas.

Identificar e implementar medidas que contribuyan tanto a la paz como a la integridad medioambiental.

2 Invertir en la preparación y la resiliencia. Crear la capacidad para detectar indicios de amenazas crecientes y aliviar las tensiones.

3 Financiar la paz, no el riesgo. Cumplir las obligaciones de financiación internacional, garantizar que la financiación llegue a las comunidades más frágiles y acabar con los subsidios al conflicto.

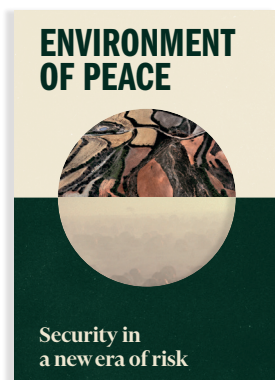
4 Proporcionar una transición justa y pacífica. Evaluar y afrontar posibles consecuencias negativas de las medidas en favor del medio ambiente antes de su implementación.

5 Ser decididamente inclusivos. Implicar por completo a los grupos marginalizados en la toma de decisiones y compartir los beneficios.

6 Investigar, educar, informar. Entender y comunicar los riesgos y consolidar la cooperación a través de la educación.

Todas nuestras recomendaciones pueden implementarse en pocos años, si existe la voluntad para hacerlo. Querríamos instar a los gobiernos, comunidades y otras instituciones encargadas de la toma de decisiones a que se comprometan a hacerlo. Las crisis activas, como la que se desarrolla en Ucrania, pueden atraer la atención mientras duren, pero la degradación medioambiental continuará hasta que los gobiernos actúen para acabar con ella, como lo hará la aparición de riesgos complejos a raíz de la interacción de estas crisis paralelas.

La seguridad y la integridad medioambiental están mal encaminadas, para perjuicio de cada uno de los países y del bien común colectivo. Se trata de una situación nociva para todos, que demanda una solución beneficiosa para todos.



Lea el informe completo:
www.environmentofpeace.org